

esta probabilidad, y entre marinos las ilusiones fantásticas son más comunes, porque el aspecto de un litoral les produce impresiones más fuertes y duraderas.

Corvo no es en absoluto el punto más occidental del archipiélago de las Azores, pues está á 3' 5" en arco más oriental (1) que Flores; pero al volver los buques del Brasil, de Méjico y de las Antillas, favorecidos por el Gulf Stream (corriente de agua caliente del Atlántico), pasan con preferencia á la vista de la isla más septentrional, la de Corvo.

La forma de una roca del cabo noroeste no pudo recibir su significación misteriosa sino después del descubrimiento de América y en una época en que el comercio era más activo y el mar de las Azores estaba más frecuentado. Esta circunstancia puede explicar hasta cierto punto el silencio de los autores de los siglos xv y xvi; pero también puede ser que, en un archipiélago representado ya en el mapa de Bianco con la denominación árabe de *Bentufsa*, haya contribuido alguna noción vaga de tradiciones conservadas entre los geógrafos orientales (el scherif Edrisi, Ebn-al-Vardi y Abdorraschid ó Bakui) á dar celebridad á la forma rara de la roca de Corvo.

Pláceme observar la filiación no interrumpida de las ideas que desde la más remota antigüedad griega, hasta los portulanos del veneciano Pizzigani, han atravesado la Edad Media, y que los árabes transmitieron á los geógrafos de Italia; aunque sea raro poder seguir con

(1) Mapa de Tofino, corregido con arreglo á las observaciones cronométricas de Mr. Degenes: Corvo, 33° 31' 4". Flores, 33° 36' 34".

certidumbre un mismo mito geográfico en la dirección de Oriente á Occidente. Comencemos por las columnas de Hércules, que en tiempos aun más antiguos eran llamadas de Saturno ó de Briareo.

Al hablar Strabón de la fundación de Gades por los Tyrios, discute con mucha sagacidad y despreocupación lo que debe entenderse por el nombre de *columnas*, y pregunta si fueron monumentos levantados por mano del hombre, que dió su nombre á los sitios junto á los cuales los colocó. Habla con este motivo «de altares, de torres y de columnas» á propósito para los límites de un viaje (lib. III, pág. 171); pero el geógrafo de Amasia no emplea las palabras *imagen ó estatua* de Hércules. Estas palabras pertenecen á un pasaje de un comentario que Eustathes añadió al texto de Dionisio de Charax, el Periegetes (1).

Sabido es que los árabes se ocuparon mucho de Hércules, á quien sin cesar confundían con Alejandro, ó mejor, con un personaje bicornio, Dhulcarnain, que abrió el estrecho de Cádiz, y cuya era asciende al tiempo de Abraham. El geógrafo de la Nubia, cuyos testimonios reuno en una sola nota (2), refiere que

(1) EUST., *Comm.*, 64, 10 (BERNHARDY, *Geogr. græci min.*, tomo I, pág. 96). Estas estatuas del Hércules Tirio no estaban en el interior del templo de Gades, según dice Philostrato, quien, no reconociendo los caracteres púnicos de las columnas metálicas del templo, añade (y la observación me parece muy notable) que estos caracteres no eran ni *indios*, ni egipcios. *Phil., in Vita Apoll. Tyan.*, v, 5. (*Opp. ed. Olear.*, pág. 190.)

(2) Memorant autem in qualibet ex dictis insulis (Perennis) cerni statuam lapidibus constructam et unamquamque statuam esse longitudinis centum cubitorum, et super quamli-

había seis estatuas colocadas en las orillas del mar; la más oriental en Andalucía, en Gades; las otras en las islas del mar Tenebroso, en las Canarias (*Khalidât*), haciendo señal á los navegantes para que no fueran más allá.

Yakuti, natural de Baku y que por ello se le llama Bakui, dice lo mismo: «Las islas *Khalidât* (él las llama *Dgialidat*), situadas á la extremidad del Mogreb (de Africa), donde los sabios fijan el primer grado de longitud, son en número de seis. En cada una de ellas hay una estatua de cien codos de altura, que es como un

bet statuam haberi simulacrum æneum retro manu innuens. Hæ statuæ sunt sex: et una illarum, uti fertur, est idolum *Cades* quæ est ad occidentalem partem Andalusie, et nemo novit ullam habitationem ultra illas.» Edrisi, pág. 6.—«Ab insula Majed orientem versus, ad insulam Saha est iter trium brevium dierum. In hac autem insula conspiciuntur simulacra aliquot at litus maris, erectæ dexteræ, quasi innuant aspicienti, ac dicant: Revertere illuc unde venisti, quoniam nulla est a tergo nostro tellus quam adire possis.» Edrisi, pág. 37. El Sionita traduce estas islas *Khalidât* por *Insula perennes*, pero el derivado *Khuld*, aplicado á Paraíso (jardín de la eternidad), prueba bien que se debería traducir como lo hace Mr. Freitag, *Insula fortunata*. El primer pasaje de Edrisi me inspira alguna duda acerca del *simulacrum* de bronce que sirve de base á una estatua. He consultado á mi colega de la Academia de Berlín, el sabio orientalista Mr. Wilken, y examinando el texto original, opina que debe traducirse de este modo: Además del ídolo (*sanam*) de cien codos, hay en estas islas una figura de bronce.» *Fauka*, no significa sólo encima, sino también *pretæ*. Malte Brun (*Precis. de la Geogr.*, t. I, pág. 531) ha confundido las Canarias y las Azores. Las comunicaciones con las primeras nunca quedaron interrumpidas en los siglos XIII y XIV. (ALBERTUS MAGNUS, *De nat. locor.*, lib. II, cap. 5; BOGAGE, *Comment. de la Divina Comedia*, II, 331.)

fanal, para dirigir los barcos y hacerles saber que más allá no hay camino.»

Comparando estos dos pasajes de Edrisi y de Bakui con otro de la geografía de Ebn-al-Vardi (1), donde dice claramente «una de las estatuas colocadas en las islas *Khalidât* ó Canarias, sobre la cumbre de una montaña, por Saad Abukarb, el Hermiarita, el mismo que *Dhulcarnain*», se ve que el mito de los geógrafos árabes se refiere al Hércules de los orientales. Admitiendo seis estatuas ó imágenes de Hercules, se multiplicaban las marcas ó señales para los navegantes, como Palephatos (cap. 32) y Hésychio multiplican las *columnas* hasta el número de 304.

También como reminiscencia de estas tradiciones árabes, según observa juiciosamente Mr. Buache, puso Pizigano, en el siglo XIV, en un mapa de su portulano y entre las islas *Brazie* ó Azores, un medallón tras del cual aparece una figura con una banderola en la mano en la que hay una inscripción, y haciendo señales hacia el Este con la otra mano, sin duda para detener á los navegantes (2).

(1) *L. c.*, pág. 55. Véase Edrisi, pág. 71, donde habla de los compañeros de *Dhulcarnain*, muertos por los habitantes del mar Tenebroso.

(2) M. Buache ha creído descifrar lo siguiente, en latín bárbaro y en parte ininteligible: «Hæ sunt statuæ quæ stant *ad ripas Antillia*; quarum quæ in fundo ad securandos homines navegantes, quaræ est fusum ad ista maria quosque possint navigare et foras porrecta statua est mare *sorde quo non possunt intrare nauta*.....» Zurla rechaza lo impreso en cursiva, no lee el nombre *Antillia* y cree reconocer en las últimas líneas: «est mare *sotile* (páreceme mejor *subtile*, para *agua tenis* ó *mare breve*) quo no poxit tenebant naves.» El exterior del medallón,

Se ve, pues, cómo el límite de estos parajes «*que non amplius navigabilis sunt propter brevitatem maris et cœnum et algam*» ha ido retrocediendo progresivamente hacia el Oeste. La astucia de los fenicios lo colocó primero junto á las columnas de Hércules; Scylax lo señala cerca de Cerné (Gauleón); la Edad Media, siguiendo las huellas de los árabes, cerca de Azores, donde el banco de fucus (el mar de Sargazo) fué visto antes de Cristóbal Colón.

Conforme á la serie de hechos, ó mejor dicho, de opiniones que acabo de exponer, parece ser, al menos, muy probable que las imágenes de Hércules y la supuesta estatua de Corvo pertenezcan á un mismo ciclo de geografía sistemática. Pero la dirección de la mano, el gesto, debió cambiar desde que el intrépido genovés hizo desaparecer el temor á los escollos del mar Tenebroso.

---

tras del cual se ve de medio cuerpo la persona, presenta dos figuritas que están, al parecer, dentro del mar con agua hasta las rodillas.

Digno es de llamar la atención que los geógrafos árabes, consecuentes con el principio de determinar los límites de la navegación, admitieran también hacia el Norte de Europa estatuas parecidas á las de Canarias. En Bakui (*Extr. des Man.*, tomo II, pág. 529) encuentro lo siguiente: «En una isla próxima á *Bardmila* hay una elevada montaña, y sobre ella una estatua anunciando que no se puede ir más lejos en la mar.» *Bardmila*, país de los Francos (cristianos), lo sitúa Bakui entre Irlanda y el país de Khozar, bañado por el Athel (Volga). «El árbol *mauca*, que se cría en la isla de *Bardmila*, y cuya sustancia encerrada entre el centro del tronco y la corteza, es comestible», me parece ser el pino, cuya parte blanca comen por necesidad, y á guisa de pan, algunas veces los escandinavos.

Antes de terminar lo relativo al Archipiélago de las islas Azores, añadiré algunas reflexiones acerca de las monedas fenicias encontradas en la isla de Corvo y descritas por Mr. Podolyn, y del monumento de la isla de San Miguel, de que habla el cosmógrafo Andrés Thevet.

Refiere Mr. Podolyn que, durante una tempestad, la resaca de las olas puso al descubierto una gran vasija rota, dentro de la cual había algunas monedas. Las llevaron á un convento, donde, desgraciadamente, fueron distribuidas muchas entre personas curiosas. Nueve de ellas las enviaron á Madrid al P. Flores, quien las regaló á Mr. Podolyn. No cabe duda, en vista de los dibujos publicados en las Memorias de la Sociedad de Góthemburgo, que estas monedas de oro y cobre, donde figuran una cabeza de caballo, un caballo completo ó una palmera, son unas cartaginesas y otras cyrenaicas, y recientemente han sido comparados sus dibujos con los de monedas conservadas en el gabinete del Príncipe Real de Dinamarca. Pero aun suponiendo que el hecho de la vasija rota, descubierta en la isla de Corvo, esté bien comprobado, no es absolutamente preciso admitir que los cartagineses hubieran llevado dichas monedas. Sabemos que los árabes y los normandos visitaron las Azores durante la Edad Media, y pudieron llevar consigo desde las costas de Sicilia ó de Túnez monedas púnicas ó cyrenaicas, porque de las primeras acuñaron gran número en Sicilia, principalmente en Panormo, fundada por los fenicios. Del mismo modo se han encontrado con frecuencia monedas árabes en las islas y en el litoral del Báltico.

De estas dos hipótesis, la segunda, ó sea la del transporte de las monedas por los árabes ó por los norman-

dos, es la que ha parecido más probable á Malte Brun (1). Debería sorprender, sin embargo, que navegantes de la Edad Media hubieran depositado en las Azores solamente monedas púnicas y cyrenaicas, sin mezcla de ninguna otra de distinto origen. Como la fuerza de los vientos logra con frecuencia dominar la de las corrientes, no se puede negar en absoluto que, haciendo el comercio del estaño y del electrum, algunos barcos fenicios ó cartagineses se desviarán de su ruta á través del Sinus Æstrymnicus, y fueran llevados á las costas de las Azores; pero ¿cómo es posible encontrar la huella de tal suceso en la isla casi más occidental del Archipiélago, donde toca la parte del Gulf Stream que se dirige de Oeste á Este? ¿Pasaron los barcos más allá de las Azores al Norte del paralelo de 40° y entraron en la corriente al Oeste de Corvo y de Flores? La solución sería más fácil si la vasija hubiera sido descubierta en las islas de Santa María y San Miguel,

(1) *Precis. de Geogr.*, t. I, pág. 596. En el siglo XVI hablóse también mucho de una moneda con la efigie de Julio César, encontrada, según se decía, en una mina de América, y que Juan Rufo, obispo de Cosenza, envió al Papa (HORN., *De Orig. Americanorum*, pág. 23). Ya el grave Ortelio dijo satíricamente que «la moneda la había perdido el mismo que la encontró».

Respecto á las monedas púnicas de la isla de Corvo que Mr. Podolyn cree fueron dejadas allí por cartagineses naufragos, puestos después en comunicación con la Metrópoli, es sensible que se ignore en absoluto cuál era la época y el estilo de la construcción del edificio de piedra donde estuvo la vasija que contenía las monedas, porque al destruir este edificio las olas embravecidas fué descubierta la vasija en 1749. Creo la verdad del hecho por la sinceridad con que lo refiere el padre Flores, de Madrid.

las más orientales del Archipiélago de las Azores.

Al nombrar esta última isla, debo referir un hecho íntimamente ligado con el asunto que examinamos. Andrés Thevet, cosmógrafo del rey Enrique III, visitó en la segunda mitad del siglo XVI las fuentes termales de la región de San Miguel, trastornada por erupciones volcánicas en 1449, cerca de la Algoa da Sete Cidades, y con su estilo ingenuo y difuso (1) describe las caver-

(1) He aquí el curioso pasaje de la *Cosmografía* de Thevet, libro XXIII, cap. 7 (edic. de 1575, pág. 1.022): «Estas islas del Atlántico han sido llamadas Essores; también *essorer* es palabra francesa que significa lo mismo que enjugar ó secar ó poner al aire alguna cosa. Son nueve islas. En la de San Miguel, hacia la parte del Septentrion y en la orilla del mar, registrando entre las rocas los primeros que la descubrieron hallaron un agujero de diez pies de alto y otro tanto de ancho; después de llegar hasta él, atreviéronse algunos á entrar dentro con hachones, creyendo encontrar grandes tesoros; pero vieron tan sólo dos monumentos de piedra; cada uno tenía lo menos doce pies y medio de largo y cuatro y medio de ancho. Los que han visto estos monumentos, trabajados bastante toscamente, me aseguraron no tener rastros de inscripciones, ni otra señal de antigüedad sino el retrato de dos grandes culebras que rodeaban los dichos monumentos y con ellas algunas letras hebraicas de tamaño de cuatro dedos, y tan antiguas que apenas se podían leer; pero un moro, natural de España, hijo de judío, hombre versado en las lenguas, las pinta tales y como aquí las presento, dejando la interpretación de las mismas á los que profesan la lengua de los hebreos. Y por esto puede juzgarse que dicho pueblo hebreo habitó, no sólo en el país de Judea, sino en todo el universo.»

Á esta relación sigue la de la muerte de muchas personas que «por filosofar y visitar las cosas más raras de la isla, entraron en esta profunda gruta y no salieron de ella, de modo que, por miedo á accidentes idénticos, fué cerrada con un muro la entrada».

nas donde, al llegar por primera vez los portugueses, vieron «un monumento de piedra de doce pies de largo, en el que había esculpidas dos grandes culebras y letras hebraicas, que leyó, pero no interpretó, un moro natural de España, hijo de judío.»

Como Thevet, que formalmente traduce *Insulae Accipitrum* (Azores) por *Islas del Viento*, es uno de los viajeros más desprovistos de crítica, nada nos dice acerca del año en que esta caverna fué murada, y cómo pudo copiar el moro una inscripción que, como ingeniosamente observa Mr. Viken (1), podía muy bien tener algu-

(1) Las inscripciones de Thevet que me mandáis, me escribe el sabio orientalista, no carecen de interés, y parece que hasta ahora han llamado poco la atención. Sensible es que no tengamos una copia exacta de los caracteres para juzgar su antigüedad y su origen. No resulta claro si la inscripción estaba en hebreo puro, lo que es poco probable, ó si el moro, hijo de judío, la hizo pasar de una escritura á otra. La frase de Thevet, «los caracteres eran tan antiguos que apenas se podían leer», es muy vaga. Aunque algunas letras del alfabeto fenicio tienen semejanza con el hebreo puro, por ejemplo, en la leyenda *Karat khadaschath d'Ekhel* (*Doctr. nummorum, vet. P. CLV, t. II, número 5*), no debe suponerse que el moro pudo descifrar la frase entera. Si la inscripción era árabe, en caracteres cúficos, debía ser fácil á un hombre de sangre africana trasladar éstos á caracteres hebraicos. Lo mismo en fenicio que en árabe se encuentra *Makhtsal*, que por la terminación en *sal* recuerda los nombres propios numídicos, por ejemplo, el de Hiempsal. Lo mismo podría leerse *Taal* ó *Baal ben; Martharbaal* ó *Mathadbaal*, nombres púnicos bien conocidos (TITO LIVIO, XXI, 12, 45; POLYBIO, III, 84; APPIANO, *Bellum Annibal*, cap. 10); pero convengo en que, dada la escasa confianza que inspira la exactitud de la copia inserta en la *Cosmografía* de Thevet, cualquier interpretación es arriesgada. Añadiré á estas observaciones que en las piedras esculpidas de origen oriental, las

nos nombres propios numídicos ó púnicos. Inútil es, por tanto, insistir en un hecho cuya verdad no se puede comprobar. Parece natural que si el moro inventó la inscripción, le hubiese dado un sentido preciso y sentencioso, expresado en caracteres hebraicos.

El recuerdo de las islas del Brasil ó *Brazie*, que durante tanto tiempo anduvieron errantes en los mapas, se ha conservado hasta nuestros días en *Brasil Rock*, señalado en los bellos mapas ingleses de Purdy, 6° al Oeste de la extremidad más austral de Irlanda.

En los mismos parajes, ó más bien, entre Irlanda, Terranova y las Azores aparecen desde principios del siglo XVI en los mapas de Juan de la Cosa (1500), de la edición de Ptolomeo (1522) y de Rivero (1529) con igual incertidumbre de posición, *Mayda* ó *Asmaïdes* (1)

inscripciones fenicias se encuentran á veces escritas con letras griegas, y que el famoso pasaje púnico de la comedia de Plauto (*el Pænulus*), aunque constantemente escrito con caracteres latinos en todos los manuscritos de Plauto, sin embargo, lo imprimieron á principios del siglo XVII en letras hebraicas Felipe Parens y Samuel Petit. La transformación de un carácter en otro es sin duda fácil, pero convengo con Mr. Wilken en que es muy poco verosímil que el moro pudiera leer toda la inscripción púnica.

(1) Benedicto Bordone (*Isolario*, 1533, pág. 18) pone muchas islas *Asmeïdes* y Lorenzo Anania (*Fábrica del Mundo*, pág. 303); sitúa *Granozzo* y *Maïda* un poco al Oriente de Terranova, casi en el punto donde en el mapa de Juan de la Cosa está la Isla Verde, porque la gran isla de Trinidad, de Cosa, no parece idéntica á Terranova. Hacia estas regiones boreales hicieron los geógrafos del siglo XVI avanzar progresivamente la fabulosa isla de los Demonios, situada al principio frente á las costas de África. Andrés Thevet ha dado «el retrato» de esta isla, donde fué desterrada una señorita bretona, *Margarita* de

é Isla Verde. Una y otra están señaladas en los mapas mundi modernos, con los nombres de Mayda y Green Roke, como *peligros* inciertos.

Roberval, y donde, según parece, tuvo desagradables aventuras (*Cosm. univ.*, pág. 1019). Á fines del siglo XVI considerábase la isla de Terranova dividida en dos partes por un brazo de mar. Comparando la isla de los Bacalaos del mapa de la Nueva Francia de Wytfliet (*Descr. Ptolm. Augm.*, pág. 158) con el mapa «de un gran capitán de Dieppe» (RAMUSIO, t. II, pág. 353), se ve que, á la parte septentrional, le llama este capitán isla de los Demonios. La opinión de Malte Brun, de que la isla de la Mano de Satán (el Satanaxio de Andrés Bianco, Sarastagio de Bedrazio) es esta *isla de los Demonios* de los mapas españoles y franceses, no me parece probable (*Precis. de Geogr.*, t. I, pág. 531). La aparición de islotes volcánicos, tan frecuente en 1638 y 1811 alrededor de las islas de San Miguel y de San Jorge en las Azores, pudo muy bien originar aquel nombre.

## XXI.

Probables comunicaciones entre ambos mundos, á causa de las corrientes atmosféricas y oceánicas.

Acabamos de ver de qué suerte se mezcla en las tradiciones geográficas y en las relaciones de los viajeros, á los recuerdos de los descubrimientos reales y positivos, lo que sólo es pura ficción, y que el imperio de ésta, basado en creencias de la más remota antigüedad, se extendió en la Edad Media sobre todo hacia el Occidente. Si dicha nueva dirección, y el inveterado error de la extensión de Asia hacia el Oriente, abrieron la vía para los descubrimientos de Colón, otras causas, poco importantes en la apariencia y hasta ahora mal explicadas, no contribuyeron menos á inspirar confianza al marino genovés.

Pongo entre estas causas que le alentaron, el hecho tan conocido de los objetos arrojados por el mar sobre las costas de las Azores, de Porto Santo, y de las islas Canarias, y considerados como indicios de la probable existencia de tierras habitadas en las regiones occidentales.

Algunas consideraciones de geografía física que el estado actual de los conocimientos nos permite exponer, aclararán de nuevo el indicado fenómeno.